

("La Iglesia en España en el contexto de 1919", en Pablo Cervera Barranco y Jaime Pérez-Bocherini Stampa (eds.), *Sus heridas nos han curado, Memoria documental del Centenario de la Consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús*, BAC, Madrid, 2021, pp. 165-185.)

1

PONENCIAS

1.1

LA IGLESIA EN ESPAÑA EN EL CONTEXTO DE 1919

Luis Cano Medina

Pontificia Universidad de la Santa Croce (Roma)

Querría comenzar esta ponencia acerca de la Iglesia en España en el contexto de 1919 refiriéndome a Benedicto XV, el Papa del momento¹. Se llamaba Giacomo Della Chiesa. Su pontificado duró ocho años, desde 1914 a 1922, y fue prácticamente absorbido por la Primera Guerra mundial y sus consecuencias inmediatas. Vivió plenamente el drama de un conflicto que fue probablemente el más sangriento de la historia hasta ese momento.

1. BENEDICTO XV, EL PAPA DE LA PAZ

En tiempos en que la guerra era vista por algunos como una hermosa y heroica empresa, la «única higiene del mundo»² como escri-

¹ Con motivo del centenario de su pontificado se ha renovado el interés historiográfico por este Papa, que hasta hace no muchos años era uno de los menos conocidos del siglo XX. Ver por ejemplo los estudios recogidos en dos gruesos volúmenes, bajo el título *Benedetto XV. Papa Giacomo Della Chiesa nel mondo dell' "inutile strage"*, A. MELLONI (dir.), G. CAVAGNINI y G. GROSSI (Bologna, Il Mulino, 2017, 2 vols.). Ver también la obra en dos volúmenes de A. SCOTTÀ, el primero dedicado al episcopado en Bolonia: *Giacomo Della Chiesa arcivescovo di Bologna, 1908-1914. L' "ottimo noviziato" episcopale di papa Benedetto XV* (Soveria Mannelli, Rubbettino, 2003), y el que cubre su pontificado: *Papa Benedetto XV : la Chiesa, la Grande guerra, la pace (1914-1922)* (Roma, Edizioni di storia e letteratura, 2009).

² La expresión procede del poeta futurista Filippo Tommaso Marinetti (1876-1944), en el *Manifiesto del Futurismo*, publicado en *Le Figaro*, 20 de febrero de 1909.

bía el futurista Marinetti, este Papa de figura grácil puso su influjo y su actividad diplomática al servicio de la paz. Intentó inútilmente que cesara aquella «inútil masacre», como denominó a la Primera Guerra Mundial. Una postura que le atrajo la crítica de quienes no entendían su pacifismo y su neutralidad. Hasta el punto de que la Santa Sede sería expresamente excluida de todo papel mediador en las negociaciones de paz, que tuvieron lugar en el año que nos ocupa: 1919. No se quiso tener en cuenta su labor humanitaria para ayudar a los prisioneros de ambos bandos y a sus familias. Incluso el Papa fue criticado por algunos católicos porque con su generosidad hacia las víctimas de la guerra había dejado a la Santa Sede casi en bancarrota³.

Giacomo Della Chiesa no tuvo la popularidad entre los católicos de que había gozado su predecesor, Pío X. Tenían personalidades y puntos de vista muy diferentes, pero Benedicto XV prosiguió en bastantes aspectos la línea reformista de su predecesor. Por ejemplo, concluyó la codificación del Derecho Canónico, que se promulgó en 1917. Ambos compartían la preocupación por mejorar la formación doctrinal de los católicos, como modo de prepararles ante los desafíos planteados por las ideologías modernas. Si Pío X publicó su famoso catecismo para la Iglesia en Italia, Benedicto XV propuso la creación de un texto universal, un *Catecismo de la Iglesia Católica* que no se llegaría a realizar por entonces; como sabemos, tuvo que esperar hasta 1992.

Otra característica de su pontificado, en continuidad con el de su predecesor, fue el interés por las misiones y su desvinculación del colonialismo⁴. Precisamente en 1919, publicó la carta apostólica *Maximum Illud*⁵, que ha sido considerada la *magna charta* de las misiones en la edad contemporánea. En ella se establecían las líneas maestras de la misionología moderna, destinada a potenciar el clero indígena, a evitar contaminaciones nacionalistas y a realizar una evangelización más eficaz⁶.

Benedicto XV conocía bien España, donde también era apreciado. Había vivido cuatro años en Madrid, como secretario de la nunciatura, acompañando al nuncio Rampolla, desde 1883 a 1887. Aprendió el

³ Cfr. J. F. POLLARD, *Il papa sconosciuto. Benedetto XV (1914-1922) e la ricerca della pace* (Cinisello Balsamo, San Paolo, 2001), 96; M. E. OSSANDÓN WIDOW, *Colaborar en el terreno de la caridad. Santa Sede y Comité Internacional de la Cruz Roja entre los siglos XIX y XX* (Roma, Edusc, 2014).

⁴ J. F. POLLARD, *Il papa sconosciuto...*, o.c., 223.

⁵ El 30 de noviembre de 1919, en AAS 11 (1919), 440-455.

⁶ Cfr. C. PRUDHOMME, «*Maximum illud*, una svolta missionaria?», en MELLONI (dir.) *Benedetto XV...*, o.c., 407-434.

español enseguida, lo que le permitió ejercer su ministerio sacerdotal, mediante la confesión y la predicación. Con ocasión del terremoto de 1884 en Andalucía, y de la epidemia de cólera de 1885, en varios lugares de España, se distinguió junto al nuncio por su cercanía y caridad con las víctimas⁷.

Cuando regresó de su estancia en Madrid, en 1887, se incorporó a la Secretaría de Estado, donde trabajó veinte años, hasta llegar a ser Sustituto del Secretario de Estado. Estaba pues al corriente de muchas cuestiones diplomáticas, incluidas las referentes a España. Cuando, en 1907, se hablaba de él como posible nuncio en nuestro país, el Estado español apoyó su candidatura. Pero Pío X lo nombró arzobispo de Bolonia. En 1914, al ser elegido Papa, volvía a tomar contacto con las cuestiones internacionales.

Otro motivo de interés de su figura, en el contexto de este simposio, es su particular predilección por la devoción al Sagrado Corazón. Quiso ponerla como base de su entero pontificado⁸. Fue el Papa que canonizó a Margarita María Alacoque y el que hizo muy suya la práctica de la entronización del Sagrado Corazón en las familias, que estaba desplegando el P. Crawley y que tan relacionada está con el centenario que estamos conmemorando.

De los documentos que Giacomo Della Chiesa dedicó al Sagrado Corazón durante su pontificado, nada menos que 24 están relacionados con la entronización⁹. El más importante es la epístola *Libenter tuas* del 27 de abril de 1915¹⁰, donde la consideraba «la obra más oportuna para los tiempos actuales». Ante la ola de neopaganismo que amenazaba invadir la sociedad y que dirigía sus ataques contra la familia —por medio del divorcio, de la instrucción pública laicista y de la difusión de prácticas anticonceptivas—, Benedicto XV consideraba necesario avivar el espíritu cristiano en cada hogar «introduciendo la caridad de Jesucristo como reina y señora en el seno de la familia»: nada mejor, en este sentido, que colocarla bajo la protección del Sagrado Corazón.

Pero el Papa no quería que esta ceremonia se limitase a producir una emoción pasajera. Lo repetiría a menudo: no deseaba que fuera una simple «fiestecilla». Tenía que traducirse en una ocasión para ca-

⁷ F. VISTALLI, *Benedetto XV* (Roma, Tip. Poliglotta Vaticana, 1928), 51.

⁸ Cfr. G. RUMI, «Il cuore del Re. Spiritualità e progetto da Benedetto XV a Pio XI», en *Achille Ratti, pape Pie XI* (Rome, École française de Rome, 1996), 279-292.

⁹ Tomo el dato de H. MARÍN, *El Sagrado Corazón de Jesús. Documentos pontificios* (Bilbao, Mensajero del Corazón de Jesús, 1961), 325-327.

¹⁰ En AAS 7 (1915), 203-205. Traducción castellana tomada de H. MARÍN, *El Sagrado Corazón de Jesús*, o.c., 330-335.

tequizar a las familias, para llevarlas a «un conocimiento cada vez más amplio y profundo de Nuestro Señor Jesucristo y una recta comprensión de la doctrina y regla de vida que trajo al mundo»¹¹. En 1916 decía: «Me interesa esta obra de una manera muy íntima y muy particular; quiero que se implante en todas partes»¹².

En otras palabras, Benedicto XV deseaba reforzar la presencia de los valores católicos en la sociedad a través de la familia, una familia que realmente *viviera* la consagración con un amor profundo a Jesucristo. Vio aquí una oportunidad pastoral importante, también para España.

2. LA IGLESIA EN ESPAÑA VISTA DESDE ROMA

Durante su pontificado, Benedicto XV fue regularmente informado de la situación española por medio del nuncio mons. Francesco Ragonesi y, desde 1921, de su sucesor, mons. Federico Tedeschini. Con motivo de la entrada en el cargo de Tedeschini, el entonces Secretario de Estado, cardenal Gasparri, le envió un informe sobre la situación de la Iglesia en España y unas instrucciones para el desempeño de su misión¹³. Es un interesante documento para conocer lo que ocurría en esos años y la opinión que había en el Vaticano sobre varias cuestiones importantes.

Para la diplomacia vaticana, los obispos españoles se habían distinguido siempre por su pureza de doctrina, su celo religioso y su fidelidad a la Sede Apostólica. A pesar de algunas excepciones minoritarias, debidas a problemas de excesiva edad de los prelados o de otro tipo, no había grandes problemas en este campo. Como única nota negativa o mejorable, Gasparri mencionaba el excesivo deseo de «hacer carrera» que se notaba en algunos.

Hay que recordar que, para la elección de obispos, estaba vigente el sistema de presentación, reliquia del regalismo. Significaba que muchas veces los obispos españoles eran elegidos por sus buenas relaciones con los políticos de turno¹⁴, no por sus aptitudes eclesiales. Para Tedeschi-

¹¹ *Ibid.*

¹² Alocución *Mon enfant*, 17-05-1916, en H. MARÍN, *El Sagrado Corazón de Jesús*, o.c., 341.

¹³ Están publicadas por V. CÁRCEL ORTÍ, «Instrucciones del Cardenal Gasparri al Nuncio Tedeschini en 1921», en *Revista Española de Derecho Canónico* 48 (1991), 455-482.

¹⁴ Cfr. J. ANDRÉS-GALLEGO y A. PAZOS, *La Iglesia en la España contemporánea, (1800-1936)*, vol. I (Madrid, Encuentro, 1999), 141.

ni –como se lee en sus relaciones de años sucesivos como nuncio– la mayoría de ellos no destacaba ni por su preparación teológica, ni por su cultura, ni por su independencia de criterio¹⁵. En la práctica, se trataba de prelados afectos al régimen –a veces aduladores y hasta serviles con algunos políticos–, pero no indignos de su cargo.

El problema de la elección nunca se solucionó del todo, aunque mejoró más tarde, durante la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930), cuando se creó la Junta delegada del Real Patronato. Este órgano estaba formado por obispos y sacerdotes encargados de proponer al Rey los nombramientos, tanto de dignidades, como de obispos, y produjo excelentes resultados¹⁶.

La opinión del Secretario de Estado sobre el clero español era positiva: «en general –escribía Gasparri–, es obediente a los obispos y, como ellos, lleno de fe y asiduo en el cumplimiento de sus deberes ministeriales»¹⁷. Y mencionaba después un problema que aparece de modo recurrente en la época: la deplorable situación económica del clero con cura de almas¹⁸. Muchos curas ganaban como un peón caminero¹⁹, un obrero pobre o un portero ministerial de quinta categoría²⁰. Elegir el sacerdocio suponía abrazar una vida en el umbral de la pobreza, lo que se tradujo en una bajada de vocaciones, un alto número de vacantes en las parroquias de menor categoría, y en la dedicación de los clérigos a otros menesteres, para conseguir medios de subsistencia, con los inconvenientes que pueden imaginarse, aunque no en todas las zonas fuera así²¹.

La mayoría del clero secular procedía de ambientes rurales y a menudo carecía de la cultura y la preparación necesarias para hacer frente

¹⁵ M. FUSTER CANCIO, *Los años 20 en España a través del los despachos diplomáticos del nuncio Federico Tedeschini* (Roma, Edusc, 2017), 107.

¹⁶ F. MARTÍ GILABERT, «La Iglesia y la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1929)», en *Anuario de Historia de la Iglesia* 2 (1993), 158-159.

¹⁷ V. CÁRCEL ORTÍ, «Instrucciones del Cardenal Gasparri...», o.c., 461. La traducción al castellano de las citas de este documento es nuestra.

¹⁸ «Es deplorable, por esta razón, que las condiciones económicas del clero con cura de almas sean muy poco satisfactorias. Después de mucha insistencia se ha logrado en octubre de 1918 un aumento de la congrua parroquial, la cual varía hoy día de las 1000 a las 1500 pesetas», en V. CÁRCEL ORTÍ, «Instrucciones del Cardenal Gasparri...», o.c., 461.

¹⁹ Cfr. J. ANDRÉS-GALLEGO y A. PAZOS, *La Iglesia en la España contemporánea...*, o.c., 111.

²⁰ Cfr. M. FUSTER CANCIO, *Los años 20 en España...*, o.c., 101.

²¹ J. ANDRÉS-GALLEGO, «La Iglesia en el reinado de Alfonso XIII», en J. A. ESCUDERO (dir.), *La Iglesia en la historia de España* (Fundación Rafael del Pino, Marcial Pons, Madrid-Barcelona-Buenos Aires-Sao Paulo, 2014), 1048-1050.

a unos retos como los que planteaba la sociedad de entonces²². Ni tampoco contaban con medios para formarse mejor.

Era un colectivo numeroso: en 1919 había 35.941 sacerdotes, contando seculares y regulares, para una población de poco más de 21 millones de españoles, es decir, un sacerdote por cada 584 habitantes²³.

Respecto a la religiosidad del pueblo español, las consideraciones de Gasparri eran también positivas, aunque quizá algo ingenuas, por no decir superficiales: «en conjunto –escribía–, teniendo en cuenta los tristísimos tiempos que atravesamos, es uno de los más ligados a nuestra santa religión; y el afectuoso saludo que frecuentemente tiene todavía hoy en los labios: “Vaya Usted con Dios”, puede considerarse el símbolo de su fe viva y de sus firmes esperanzas»²⁴.

La gran mayoría de los españoles se declaraba católica. Aun así, la percepción real de la práctica religiosa era muy desigual, dependiendo de cada zona. No sólo cambiaban los datos de región a región, sino incluso de pueblo a pueblo. En una parroquia se constataba una práctica del precepto pascual del 90%, mientras que en otra de la misma zona no se llegaba al 10%. En unos lugares parecía haber una fervorosa vida religiosa, pero unos kilómetros más allá se encontraba indiferencia, e incluso hostilidad a la religión. Los contrastes de este tipo son habituales y desconciertan a los historiadores²⁵.

Los matrimonios civiles era raros y casi nadie rechazaba los sacramentos al final de la vida. Pero la sensación en las fuentes de la época es de preocupación por una caída general de la práctica sacramental, especialmente entre los varones²⁶.

3. LA SITUACIÓN DEL MUNDO Y DE ESPAÑA EN UNA POSGUERRA DIFÍCIL

En cualquier caso, para los vértices vaticanos, la situación en España no era de las peores. Hay que tener en cuenta que en 1919, la gente

²² Cfr. J. ANDRÉS-GALLEGO y A. PAZOS, *La Iglesia en la España contemporánea...*, o.c., 124-125.

²³ Cfr. MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES, *Anuario Estadístico de España* (1919), (Madrid, 1921), 487-488.

²⁴ V. CÁRCCEL ORTÍ, «Instrucciones del Cardenal Gasparri...», o.c., 461.

²⁵ Ver por ejemplo, la distinta acogida a las misiones populares en los primeros decenios del siglo XX, en W. J. CALLAHAN, *La Iglesia Católica en España, 1875-2002* (Barcelona, Crítica, 2003) 193 y otros muchos ejemplos que este autor cita en 195-219.

²⁶ J. ANDRÉS-GALLEGO, «La Iglesia en el reinado de Alfonso XIII», o.c., 1073.

se moría de hambre en Alemania²⁷, y en varios lugares se vivían momentos de gran inestabilidad política y social o de abierta revolución. Todo esto tenía repercusiones en España, que también experimentaba una crisis, aunque no tan grave como en algunos países europeos.

Recordemos que Rusia se encontraba en plena guerra civil, como continuación de la revolución de octubre del 1917. En 1919, los bolcheviques habían avanzado hacia el centro de Europa con la intención de unirse a los comunistas húngaros y alemanes, para exportar su revolución por toda Europa. Serían frenados en 1920 por los polacos, en las orillas del Vístula.

También en 1919 se pusieron las bases de procesos que llevarían a Europa y al mundo a experimentar grandes cambios y tragedias. El 4 de marzo, los rusos fundaron el *Komintern* o Internacional Comunista y unas semanas después, el 23 de marzo, Benito Mussolini ponía en marcha los *Fasci Italiani di Combattimento*, el movimiento que tres años más tarde se convertiría en el Partido Fascista. También en esos meses, en Alemania, un oscuro personaje participaba en los comienzos del Partido Obrero Alemán, precursor del Partido Nacional Socialista. Sus dotes de oratoria le valieron inmediatamente el cargo de jefe de propaganda del partido: su nombre era Adolf Hitler.

En España, como en otros países, en 1919 se temía una revolución social. La lectura del *Año político* –una crónica de la actualidad española, día por día²⁸– resulta angustiada: las huelgas generales se suceden²⁹; se multiplican los motines, los atentados...; las autoridades declaran en varias ocasiones el estado de guerra. Cataluña era el epicentro de los desórdenes y Barcelona vivía además una gran agitación nacionalista. Mientras tanto, en Marruecos proseguía una guerra colonial impopular y mal gestionada³⁰.

España se había favorecido de la neutralidad durante la guerra mundial y el dinero había corrido a raudales, especialmente en Cataluña y más particularmente en Barcelona. Puede preguntarse por qué en-

²⁷ Aunque el armisticio había sido firmado el 11 de noviembre de 1918 en Compiègne, el Tratado de Versalles no se firmó hasta el 28 de junio de 1919. Durante esos ocho meses, los Aliados mantuvieron el bloqueo naval de Alemania, causando grandes sufrimientos en la población.

²⁸ Cfr. F. SOLDEVILA, *El Año político* (1919).

²⁹ La más famosa fue la de “La Canadiense”, empresa eléctrica. Duró más de un mes y paralizó Cataluña. Resultó un gran éxito para la CNT, que obtuvo mejoras laborales.

³⁰ Cfr. F. VILLALOBOS GOYARROLA, *El sueño colonial. Las guerras de España en Marruecos* (Barcelona, Ariel, 2004) 200-202.

tonces la situación era tan explosiva y, a la larga, resultaría tan negativa para la Iglesia en España.

La realidad es que la prosperidad había sido solo aparente. Hizo nacer la figura del *nuevo rico*, a quien Vicens Vives describía como «el hombre sin aprensiones, que se enriquece de la noche a la mañana, traficando con carne humana, si fuera necesario, (...) reaccionario y egoísta»³¹. Una clase de personas que –como escribía en 1923 el obispo de Madrid-Alcalá, don Prudencio Melo– se mostraban «insensibles a lo que no sea su egoísmo, insultan la ajena pobreza con el lujo desatentado, y estrujan la sangre del obrero, si de ella esperan sacar una gota más del néctar que los embriaga, un puñado de oro con que comprar los placeres, que son el blanco de sus aspiraciones y el fin de su vida»³².

En efecto, la riqueza especulativa durante la Primera Guerra mundial hizo crecer el fenómeno del juego, de la prostitución y la droga³³, sin llevar consigo beneficios sustanciosos para el bienestar social. Es más, terminó por provocar una crisis económica que era la que estaban sufriendo los españoles precisamente en 1919³⁴.

En esas condiciones, aumentó el resentimiento de las clases populares, que se empobrecieron con el aumento de la inflación, mientras se multiplicaban los despidos, bajaban los salarios en la industria y empeoraban las condiciones del campesinado. La conflictividad alcanzó su punto álgido precisamente en 1919, el año de las huelgas³⁵. Se habla incluso de una verdadera “guerra social”, con el fenómeno del pistolero³⁶, que enfrentaba a patronos y obreros, y a sindicatos de izquierdas –socialistas y anarquistas– con otros de derechas, como la Unión de Sindicatos Libres. El gobierno usó mano dura. Entre 1918-1923 esta lucha se cobró 1.259 víctimas, entre los que se contaron el Presidente del Gobierno, Eduardo Dato (en 1921), y el cardenal Soldevila –uno de los obispos más activos en el campo social–, que caería asesinado en 1923.

Las masas proletarias acudían a los sindicatos anarquistas, como la CNT, que pasaron de contar 15.000 socios en 1915 a 700.000 en 1919.

³¹ Cit. por C. SECO SERRANO, *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración* (Madrid, Rialp, 1979) 118.

³² P. MELO Y ALCALDE, Carta pastoral, 16-5-1923, en *Boletín oficial del Obispado de Madrid-Alcalá* (1923) 218.

³³ J. ANDRÉS-GALLEGO, «La Iglesia en el reinado de Alfonso XIII», o.c., 1054.

³⁴ Cfr. M. FUSTER CANCIO, *Los años 20 en España...*, o.c., 29.

³⁵ Cfr. A. GONZÁLEZ ENCISO y J. M. MATÉS BARCO, *Historia económica de España* (Barcelona, Ariel, 2013) 620-624; J. L. COMELLAS, *Historia de España contemporánea* (Madrid, Rialp, 1998) 350-352, 360-361.

³⁶ J. ANDRÉS-GALLEGO, «La Iglesia en el reinado de Alfonso XIII», o.c., 1056.

La UGT, por su parte, pasó de 150.000 afiliados en 1914 a 240.000 en el trienio 1919-1921³⁷. El adoctrinamiento de estos sindicatos orientaba a la lucha de clases, pero para atraer a los obreros católicos, tanto anarquistas como socialistas se abstuvieron de realizar declaraciones anticatólicas en un primer momento. Gasparri y los vértices vaticanos advertían del riesgo de una descristianización en masa de las clases obreras a causa de las ideologías materialistas y exhortaban al nuevo nuncio para que impulsara a los obispos españoles a «armonizar mejor sus actividades con las exigencias de los tiempos y con los peligros creados por el socialismo»³⁸. De hecho en 1917, los obispos habían hecho una declaración conjunta acerca de estos peligros³⁹, pero se requería algo más.

Para colmo de desdichas, entre 1918 y 1920 se había difundido la epidemia que llevó el nombre de *gripe española*. No fue una gripe común. Actualmente se la considera una de las epidemias más letales de la historia de la humanidad, con un número de muertos muy difícil de precisar, que oscila entre los 50 y 100 millones en todo el mundo⁴⁰. Los primeros casos se detectaron durante la guerra mundial, pero no se dieron a conocer a causa de la censura bélica. En España, que era un país neutral, no se censuraban los informes sanitarios, por lo que dio la impresión de que nuestro país era el más afectado. Cerca de 8 millones de españoles fueron infectados y entre 200.000 y 300.000 de ellos murieron. La consagración al Sagrado Corazón que estamos conmemorando, estaba inicialmente prevista para 1918, y tuvo que retrasarse a 1919 a causa de esta epidemia.

4. LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES EN UNA POSGUERRA DIFÍCIL

¿Qué hacían los católicos, mientras tanto? La verdad es que la doctrina social de la Iglesia y otras iniciativas habían encontrado resistencias para su aplicación entre amplios sectores del catolicismo español. Hostigada, o por lo menos rodeada de desconfianza, esta tarea, de por

³⁷ Cfr. I. OLÁBARRI CORTÁZAR, «El mundo del trabajo: organizaciones profesionales y relaciones laborales», en L. SUÁREZ FERNÁNDEZ (dir.), *Historia general de España y América* (Madrid, Rialp, 1985-1991, vol. XVI/1) 582.

³⁸ V. CÁRCEL ORTÍ, «Instrucciones del Cardenal Gasparri...», o.c., 461.

³⁹ Se trató de un mensaje de sobre la situación presente, del 15 de diciembre de 1917, en J. IRIBARREN, *Documentos colectivos del episcopado español, 1870-1974* (Madrid, Editorial Católica, 1974) 105-111.

⁴⁰ Cfr. J. M. BARRY, *The Great Influenza. The Epic Story of the Deadliest Plague in History* (Nueva York, Viking Press, 2004).

sí dura y difícil, se desarrolló lenta y tardíamente, perdiéndose una oportunidad no sólo de consecución de la justicia, sino quizá también del mantenimiento en las filas de la Iglesia de amplios sectores obreros. Así lo lamentaba también el documento de Gasparri⁴¹.

Después de la quema de edificios religiosos y agresiones a personas y cosas en Barcelona, durante la *Semana trágica* de 1909, y de la política anticlerical de Canalejas, las filas católicas se compactaron y se aceptó mejor la acción social católica. Gasparri podía hablar en 1921 de los muchos frutos conseguidos en este campo, gracias al impulso del cardenal Guisasola (1852-1920)⁴². Se refería a la Confederación Nacional Católica Agraria, gracias a la cual «la doctrina social-católica se ha difundido ampliamente entre las masas; en muchos ha nacido el deseo de conocerla a fondo y por tanto la capacidad de apreciarla; numerosos obreros se han separado de los sindicatos anarquistas y revolucionarios y se han visto presentar en las Cortes proyectos de leyes sociales inspiradas en nuestros principios»⁴³.

Guisasola sostuvo también la creación del Grupo de la Democracia Cristiana, precisamente en 1919, que reunía a personalidades como Severino Aznar, Maximiliano Arboleya y otros. Esta iniciativa, que no nació como partido político sino como grupo de estudio para la implantación de la doctrina social católica, fue nuevamente víctima de las divisiones y rencillas endémicas del catolicismo español y murió poco después de su nacimiento. Por su parte, la Acción católica de la Mujer fue fundada en el año que estamos conmemorando.

También en 1919 nació en Italia el Partito Popolare Italiano, promovido por el sacerdote don Luigi Sturzo. Para Ángel Herrera Oria (1886-1968), personaje clave en el catolicismo español, esa fuerza católica italiana representaba un ejemplo claro de lo que se podría también hacer en España, no sólo para influir cristianamente en la política, sino también para gobernar⁴⁴.

⁴¹ Sobre el tema ver V. CÁRCEL ORTÍ, «Benedicto XV y el catolicismo social español», en *Analecta sacra tarraconensia* 63-64 (1990) 7-152. Ver también F. M. REQUENA MEANA, «Bases de organización y Programa doctrinal y de acción del sindicalismo obrero católico (1919): divergencias en el pensamiento y en la acción social católica durante la crisis de la Restauración», en *Dar razón de la esperanza*, Homenaje al Prof. Dr. José Luis Illanes (Pamplona, EUNSA, 2004) 1363-1396.

⁴² V. CÁRCEL ORTÍ, «Instrucciones del Cardenal Gasparri...», o.c., 475-476.

⁴³ *Ibid.*, 478.

⁴⁴ Cfr. W. J. CALLAHAN, *La Iglesia Católica en España, 1875-2002*, o.c., 91.

5. UNA ÉPOCA DE SANTIDAD

Si nos hemos detenido algo en el análisis de la cuestión social es porque era uno de los temas que más preocupaban a la jerarquía y a los católicos españoles, tal como se percibe en el texto de la consagración de España al Sagrado Corazón de 1919, del que se hablará en estos días.

Pero cabe preguntarse si, en ese momento tan dramático de la historia, la jerarquía y el pueblo católico estuvieron atentos a la misión estrictamente salvífica y religiosa que Jesucristo confió a la Iglesia. Es una consideración que escapa del análisis meramente socio-político o ideológico, y reconozco que la cuestión puede parecer más teológica que histórica, pero me parece un tema clave. A la hora de hacer la historia de cualquier organización, aunque sea algo tan complejo y difícil de encuadrar en la categoría de organización como es la Iglesia, parece necesario preguntarse ante todo si cumplió o no el papel que le correspondía, los objetivos que se le habían propuesto, su *mission* como se dice ahora en la jerga empresarial.

Más concretamente, podríamos preguntarnos si la Iglesia en la España de 1919 privilegiaba su misión de santificar, su *munus sanctificandi* o los eclesiásticos y los fieles se ocupaban más bien de otros asuntos. El *índice de santidad* no existe –como es obvio– porque escapa a toda estadística, pero es cierto que si pudiera calibrarse permitiría saber algo importante sobre el estado de salud espiritual, de vitalidad religiosa de un pueblo y, en definitiva, del cumplimiento o no de la misión salvífica que le compete a la Iglesia en un determinado tiempo y lugar.

Si miramos al diseño del monumento del monumento al Sagrado Corazón del Cerro de los Ángeles de 1919 observaremos que en su base se levantaban dos grupos escultóricos. Uno representaba a la *Humanidad santificada* y en él figuraban varios santos, relacionados con la devoción al Sagrado Corazón: santa Margarita María Alacoque, santa Gertrudis y el beato P. Hoyos; o que se distinguieron por su amor ardiente a Cristo: san Juan Evangelista, san Agustín, san Francisco de Asís y santa Teresa de Jesús. El otro grupo escultórico representaba a *la Humanidad que tiende a santificarse*, y estaban esculpidas las figuras de un matrimonio cristiano, de una joven y una adolescente, una religiosa cuidando de unos niños y un hombre en actitud de arrepentimiento.

En la España de esos años la práctica religiosa había caído y había aumentado el anticlericalismo, pero también creció y se robusteció esa *Humanidad que tiende a santificarse*. En tiempos en los que se percibía que ser católico consecuente iba a resultar cada día más difícil, inclu-

so arriesgado, se difundieron deseos de heroísmo, de entrega a Dios y se multiplicaron las iniciativas religiosas. Como decía el obispo de Madrid-Alcalá entre 1916 y 1922, mons. Melo y Alcalde, que ya hemos mencionado, «los buenos se hacen cada día mejores, como lo demuestra el aumento de la frecuencia de sacramentos y de las organizaciones parroquiales; los malos: una parte se vuelve peor, debido a la presencia del socialismo, del liberalismo y de la prensa impía e indiferente, y otra parte se hace mejor, a causa de las actividades apostólicas»⁴⁵.

Sorprende el número de personas canonizadas o beatificadas —o en proceso de serlo— de esta época. Se trata de un dato que hay que manejar con cautela, por la mayor facilidad con que hoy día puede llevarse adelante un proceso de beatificación, pero no cabe duda de que las figuras de este periodo que están en los altares son altamente representativas del catolicismo español de ese momento. La Iglesia en la España del primo tercio del siglo XX abundó en ejemplos de santidad⁴⁶.

Mencionar algunos nombres significa correr el riesgo de olvidar otros, quizá más importantes. Pero encontrándonos en las cercanías de Madrid, me parece oportuno comenzar refiriéndome a una ceremonia que para los católicos españoles ha dejado un recuerdo imborrable: la que tuvo lugar en 2003, en el Paseo de la Castellana, donde san Juan Pablo II canonizó a cinco figuras que eran protagonistas de la Iglesia en la España de 1919.

En primer lugar es lógico mencionar a santa Maravillas de Jesús (1891-1974), la fundadora del monasterio del Cerro de los Ángeles. El año de 1919 fue importante para ella porque hizo su ingreso en el Carmelo, abrazando la vocación que sería el motor de su vida⁴⁷. Junto a ella, encontramos a san José María Rubio (1864-1929), el jesuita que desempeñó su labor pastoral entre los más pobres de Madrid, a la vez que estimulaba la vida cristiana de muchas otras personas, con los ejercicios espirituales, la predicación y la participación en asociaciones

⁴⁵ Relación diocesana de Mons. Melo y Alcalde, 1922; citada por F. M. REQUENA MEANA, «Vida religiosa y espiritual en la España de principios del siglo XX», en *Anuario de Historia de la Iglesia* 11 (2002) 39.

⁴⁶ Sobre este tema ver J. SESÉ, «Santos, fundadores y escritores espirituales», en J. AURELL y P. PÉREZ LÓPEZ (eds.), *Católicos entre dos guerras. La historia religiosa de España en los años 20 y 30* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2006) 203-227.

⁴⁷ Son ya abundantes los trabajos biográficos de la santa, desde la clásica *Si tú le dejas... Vida de la madre Maravillas de Jesús, carmelita descalza*, por las CARMELITAS DESCALZAS (Madrid, Carmelitas Descalzas, 1977); o sobre su vida mística, a cargo de B. JIMÉNEZ LUQUE, *Vida mística de la Madre Maravillas de Jesús, carmelita descalza. Su alma* (Madrid, Edibesa, 2002).

piadosas; sabemos que su papel en la consagración de 1919 fue importante⁴⁸.

Junto a estas dos figuras, vemos a santa Ángela de la Cruz (1846-1932) en la que brilla la comprensión del misterio de la Cruz y la dedicación a los más necesitados. En 1919, la Compañía de la Cruz, por ella fundada, se había extendido por Andalucía y Extremadura, y se podía decir que estaba plenamente consolidada, después de 44 años de existencia⁴⁹. Y a santa Genoveva Torres Morales (1870-1956), en la que encontramos otra respuesta de la vida religiosa activa a los problemas sociales de la época, como la soledad de la mujer. Santa Genoveva fundó la Sociedad Angélica en 1911, que llegaría a ser conocida como las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Santos Ángeles⁵⁰, o simplemente *Angélicas*.

El quinto santo de aquella memorable canonización es Pedro Poveda (1874-1936), mártir y fundador de múltiples iniciativas para llevar el espíritu cristiano a la escuela y a la entera sociedad por medios de los laicos, como la Institución Teresiana demuestra eficazmente hasta nuestros días.

En otro grupo de esa época se encuentra san Manuel González (1877-1940), un obispo cuya vida parece contradecir el estereotipo que la diplomacia vaticana parecía tener de los preladados españoles, según los documentos que hemos citado hasta aquí. Desde 1915 fue obispo auxiliar de Málaga y además de propagador del culto eucarístico se le conoce por diversas fundaciones e iniciativas. Entre otras, las “Marías de los Sagrarios”, mujeres que extendieron por toda España la oración, la reparación y el apostolado en torno a los Sagrarios abandonados. Fue una de las asociaciones piadosas más pujantes en esos años⁵¹. Otro santo de ese periodo es san Josemaría Escrivá (1902-1975), fundador del Opus Dei, que en 1919 era un joven seminarista, y que difundiría el ideal de la búsqueda de la santidad en el trabajo y en la vida ordinaria

⁴⁸ Cfr. P. M. LAMET, *Como lámpara encendida. José María Rubio (1864-1929)* (Belacqva, Barcelona, 2003); A. J. GONZÁLEZ CHAVES, *Vida del Padre Rubio, el apóstol de Madrid* (San Pablo, Madrid, 2003).

⁴⁹ Cfr. SOR MARÍA DEL SALVADOR, *Bosquejo biográfico de Sor Ángela de la Cruz* (Madrid, BAC, 2012).

⁵⁰ El nombre del Instituto cambió en 1953, cuando obtuvo la aprobación pontificia. Sobre santa Genoveva ver, J. SESÉ, *Servir por amor: la vivencia espiritual de la madre Genoveva Torres Morales* (Zaragoza, Religiosas Angélicas. Casa Generalicia, 1995); B. LLORCA VIVES, *Ángel de la Soledad: la madre Genoveva Torres Morales fundadora de las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Santos Ángeles (Religiosas Angélicas)* (Zaragoza, Religiosas Angélicas, 1970).

⁵¹ Cfr. J. ANDRÉS-GALLEGO y A. PAZOS, *La Iglesia en la España contemporánea*, o.c., 205.

a partir de 1928⁵². Varios de los santos que hemos citado se conocían entre sí e incluso les unía una mutua veneración.

De un periodo un poco anterior es san Benito Menni (1841-1914), quien –con la colaboración de María Josefa Recio Martín y Angustias Giménez– fundó el 31 de mayo de 1881 la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús, en Ciempozuelos (Madrid), para «continuar la misión de Jesús a favor de los enfermos mentales y disminuidos físicos y psíquicos, con preferencia pobres»⁵³.

Otro nombre que se puede citar es el de san Faustino Míguez (1831-1925), escolapio, fundador del Instituto Calasancio Hijas de la Divina Pastora o Hermanas Calasancias, que unió su espíritu científico a la capacidad pedagógica, al servicio de los niños y jóvenes con menos recursos y más abandonados: su nombre está especialmente unido a Getafe, donde pasó los últimos 37 años de su vida y tuvo la satisfacción de ver la consagración de España en el Cerro de los Ángeles.

Querría mencionar a varias santas y beatas más que podemos considerar de la misma época aunque en 1919 habían fallecido ya. La beata María Dolores Rodríguez Sopena y Ortega (1848-1918), fundadora de diversas obras sociales de instrucción y catequesis, especialmente dirigidas al mundo obrero. El mismo día de su beatificación, en 2003, subía a los altares Juana María Condesa Lluch (1862-1916), también de la misma época, que se dedicó a la promoción humana y cristiana de las jóvenes mujeres obreras, a menudo explotadas en los años de la revolución industrial: es la fundadora de las Esclavas de María Inmaculada⁵⁴. Otra santa fundadora es María Josefa Sancho de Guerra (1842-1912), impulsora del Instituto de las Siervas de Jesús de la Caridad, para asistir a los enfermos en los hospitales y en sus domicilios, a los ancianos, a los niños y a los desamparados; por su parte, santa Carmen Sallés (1848-1911) fundó la Congregación de las Religiosas Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza. Un último nombre: santa Cándida María de Jesús (1845-1912), fundadora de la Congregación de las Hijas de Jesús, para la educación y otras múltiples obras asistenciales.

⁵² Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El fundador del Opus Dei* (Madrid, Rialp, 1997-2003, 3 vols.).

⁵³ Página web de las Hermanas Hospitalarias: <http://www.hospitalarias.org/index.php/carisma-y-espiritualidad> [consultada el 17-09-2018]. Cfr. M. MARTÍN CARRASCO, *Benito Menni y la asistencia psiquiátrica en España en el siglo XIX* (Pamplona, Monte Carmelo, 1994).

⁵⁴ A. MOLINA MELIÁ, *Firme tesón. Biografía de Juana Condesa, fundadora de las RR. Esclavas de María* (Valencia, EDICEP, 1985).

6. VIDA CRISTIANA RENOVADA E IDEAL DE SANTIDAD

Se habrá notado que la mayoría de los hombres y mujeres que hemos mencionado tendieron a la santidad cristiana sirviendo a los más necesitados, en aquella convulsa España de los primeros decenios del siglo XX. No los hemos seleccionado por ese motivo, pero si se tomara la lista de personas de este periodo, beatificadas o en proceso de serlo, nos encontraríamos con que bastantes de ellas promovieron este tipo de iniciativas⁵⁵. Es un dato característico de la Iglesia española de 1919.

Algunas cifras son significativas a este propósito. A principios del siglo XX, un informe de un gobierno liberal se quejaba del activismo excesivo de una Iglesia que educaba a 167.986 niños y jóvenes y a 26.744 adultos en sus escuelas, colegios y universidades; que atendía en sus centros hospitalarios a 28.536 enfermos, que acogía en sus asilos a 27.202 ancianos y niños, y asistía a 1.290 presos⁵⁶. Como escribía José María Gil Robles, testigo de esos años, el cliché de una Iglesia aliada de la burguesía, construido por un anticlericalismo obtuso, hacía olvidar «el esfuerzo denodado de muchos sacerdotes y religiosos que dedicaron su vida entera a los humildes»⁵⁷.

La situación en la que vivía la Iglesia en España –y en la que continuamos todavía– era de progresiva secularización. Un proceso que tuvo efectos dramáticos sobre la Iglesia en varios países y que curiosamente produjo una reacción fervorosa, totalmente contraria a la que se esperaban sus promotores.

Quiero referirme aquí al caso italiano, como punto de comparación. La Iglesia en Italia, al igual que en España, sufrió duras medidas desamortizadoras, la disolución de órdenes religiosas o su expulsión, y un alto número de acciones destinadas a disminuir o anular el influjo de la religión católica en la vida social a lo largo del siglo XIX.

En un primer momento, las tribulaciones hicieron disminuir el número de vocaciones, pero también provocaron la desaparición –como escribe el historiador Romanato– de «muchas figuras de eclesiásticos que abundaban en la sociedad del antiguo régimen: pedagogos, capellanes privados, instructores, profesores, eruditos, confesores. El cura mundano, frecuentador de la buena sociedad, galante y culto conversa-

⁵⁵ Otros santos y beatos españoles de ese periodo son: san Rafael Arnaiz Barón (Hermano Rafael) (1911-1938); la beata Ascensión Nicol y Goñi (1868-1940), fundadora de la congregación de las hermanas Misioneras Dominicas del Rosario.

⁵⁶ Cfr. J. ANDRÉS-GALLEGO y A. PAZOS, *La Iglesia en la España contemporánea*, o.c., 163.

⁵⁷ J. M. GIL ROBLES, *No fue posible la paz* (Barcelona, Planeta, 1978) 44.

dor, de extracción social noble o burguesa, para nada indiferente a las seducciones femeninas, desaparece rápidamente de la escena»⁵⁸.

Volviendo a España, piénsese que en el siglo XVIII, solo una tercera parte de los sacerdotes seculares se dedicaban a la labor pastoral⁵⁹. El cura de comienzos del siglo XX, en cambio, proviene de las clases populares, es antiliberal y antisocialista a machamartillo, empobrecido y tal vez poco preparado para los desafíos de la pastoral de este siglo, pero está lleno de fe y es asiduo en sus obligaciones, como leíamos en el documento de Gasparri.

El fenómeno es todavía más claro en la vida consagrada, que vivió un florecimiento de fundaciones sin precedentes. Los siglos XIX y XX, con su acción secularizadora y sus diversas manifestaciones de anticlericalismo o de descristianización, registran un número de fundaciones religiosas aprobadas por la Santa Sede que supera la de todos los siglos anteriores juntos⁶⁰. En Francia, uno de los países en los que el laicismo puso más empeño en descristianizar la sociedad, encontramos el récord de fundaciones.

Pero tampoco en España fueron pocas: a lo largo de los siglos XIX y XX, por limitarse a las femeninas, se han contado 150 fundaciones, la mayoría aparecidas en la última parte del siglo XIX; 30 de ellas entre 1900 y 1930⁶¹. Como se suele decir, surge un carisma para cada necesidad y para cada urgencia social⁶². En 1919 las estadísticas oficiales daban una población de 3.585 religiosos varones y 37.849 religiosas⁶³.

La honda crisis en la que se encontraban las grandes órdenes hasta más allá de la mitad del siglo XIX, agravada por las exclaustaciones y supresiones, dieron paso a movimientos reformadores. Aparece la figura de la religiosa de vida activa, cuya vocación no es ya una cómoda colocación social, como lo había sido para muchas jóvenes en los monasterios del antiguo régimen, sino —como escribe Romanato— «un lugar de elevación interior al servicio de los más humildes»⁶⁴. La monja está en los hospitales, en las escuelas, de modo capilar a lo largo del territorio, con su incansable actividad entre huérfanos, niños, ancianos,

⁵⁸ G. ROMANATO, «Le leggi antiecclesiastiche negli anni dell'unificazione italiana», en *Studi Storici dell'Ordine dei Servi di Maria*, 56-57 (2006-2007) 22.

⁵⁹ Cfr. W. J. CALLAHAN, *La Iglesia Católica en España, 1875-2002*, o.c., 168.

⁶⁰ Cfr. J. ÁLVAREZ GÓMEZ C.M.F., *Historia de la vida religiosa* (Madrid, Publicaciones Claretianas, 1990), vol. III, 529.

⁶¹ Puede verse una lista en *ibíd.* 619-629.

⁶² Cfr. *ibíd.*, 616.

⁶³ Cfr. MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES, *Anuario Estadístico de España* (1919) (n/a, Madrid, 1921) 487-488.

⁶⁴ Cfr. G. ROMANATO, «Le leggi antiecclesiastiche...», o.c., 30-32.

discapacitados o marginados. La educación moral de generaciones de cristianos será determinada por las obras llevadas a cabo por religiosas y religiosos⁶⁵.

También sucederá que una buena parte de los religiosos expulsados por los diversos regímenes liberales se orientará hacia las misiones. Para los españoles, el terreno evangelizador fue sobre todo América y Filipinas⁶⁶, donde contribuyeron a la propagación del Evangelio en territorios poco cristianizados. Algunas nuevas fundaciones de las que hemos hablado tendrán carácter misionero.

La espiritualidad corazonista, que hizo posible la consagración de España, estaba muy presente también en este movimiento de renovación, tanto en la búsqueda de la santidad en general, como en la elección de la vida consagrada. Lo testimonian ejemplos como el de santa Rafaela María del Sagrado Corazón (Rafaela Porras y Ayllón, 1850-1925), quien junto a su hermana María Pilar, fundó la congregación de las Esclavas del Sagrado Corazón, centrada en la adoración de la Eucaristía, la espiritualidad ignaciana y la reparación, que desde el Corazón de Jesús mira al mundo con esperanza y misericordia⁶⁷. Otra santa fundadora, un poco anterior, es la beata Piedad de la Cruz (Tomasa Ortiz Real, 1842-1916) de la Congregación de Salesianas del Sagrado Corazón de Jesús⁶⁸, «donde el Corazón de Cristo quiere ser amado, servido y desagraviado. Y al amar, servir y desagraviar, ver el rostro del Señor en las niñas huérfanas, en los jóvenes, en los enfermos, en los ancianos abandonados»⁶⁹.

Un caso especial es el de la beata Eusebia Palomino Yenes (1899-1935) que difundió la devoción al Amor Misericordioso, bastante extendida en España en los años 20 y que se ofreció como víctima por

⁶⁵ Ver al respecto el estudio de V. FAUBELL, «Educación y órdenes y congregaciones religiosas en la España del siglo XX», en *Revista de Educación*, núm. extraordinario (2000) 137-200.

⁶⁶ M. AGUILERA FERNÁNDEZ, «Literatura misional y hagiografía en el siglo XIX: Jacinto Juanmartí, un misionero jesuita en Filipinas (1833-1897)», en *Hispania Sacra* LXX 141 (2018) 323.

⁶⁷ Cfr. página web de la congregación: <https://esclavasaci.es/historia> [consultada el 13-09-2018]. Cfr., I. YÁÑEZ, *Amar siempre: Rafaela María Porras Ayllón* (Madrid, La Editorial Católica, 1985).

⁶⁸ A. ESTEBAN GONZÁLEZ, *Una decisiva experiencia mística de Tomasa Ortiz y Real: su sentido y trascendencia* (Alcantarilla, Murcia, Hermanas Salesianas del Sagrado Corazón de Jesús, 1988); ÍD., *Una mujer consagrada antes de hacer su profesión religiosa: Tomasa Ortiz y Real, Madre Piedad de la Cruz* (Murcia, Sucesores de Nogués, 1985).

⁶⁹ Página web de la congregación: <http://www.salesianas-scj.com/congregacion/historia> [consultada el 16-09-2018].

España y por la libertad de la religión, a partir de 1931. En esos mismos años se encuentra la beata Madre Esperanza de Jesús Alhama (1893-1983), cuyas revelaciones sobre el Amor Misericordioso le llevaron a fundar una congregación religiosa⁷⁰.

Requeriría un capítulo aparte la memoria de los mártires que fueron víctimas de la persecución religiosa en los primeros decenios del siglo XX y en especial durante la guerra civil. En 1919, muchos de ellos vivían ya su vocación sacerdotal, religiosa o laical, o eran obispos, quizá de aquellos que se habían promocionado con la recomendación de algún amigo político o que tal vez parecían algo mediocres a los ojos de los diplomáticos vaticanos. La heroicidad y el amor a Cristo que supieron demostrar –estamos hablando de bastantes millares de casos– puede resultar un índice significativo de la salud espiritual que gozaba la Iglesia en España que se consagró en el Cerro de los Ángeles, el 30 de mayo de 1919.

El ideal de santidad, como algo asequible a todos, también a quien no sentía una particular llamada a la vocación sacerdotal o religiosa, no era una cosa desconocida. El influyente dominico Juan González Arintero hablará en esos años de la *vocación universal a la mística*. Dejando de lado las polémicas que suscitó esta cuestión entre las escuelas de espiritualidad del tiempo, la realidad es que la reflexión teológica sobre la *ascética y mística*, como entonces se decía, se hizo más presente en esos momentos en España⁷¹. Se redobló el interés por los autores clásicos de espiritualidad, especialmente por los místicos castellanos. Recordemos que en 1926, san Juan de la Cruz sería proclamado Doctor de la Iglesia Universal.

7. PROPAGANDA, VITALIDAD, MOVILIZACIÓN

Las primeras décadas del siglo veinte experimentaron un aumento de la literatura espiritual en calidad y difusión, pero sobre todo vieron «una auténtica eclosión de hojas, boletines mensajeros, sermonarios y revistas»⁷². Importante fue el papel llevado a cabo por el Apostolado de la Prensa, que editaba vidas de santos, escritos morales, dogmáticos

⁷⁰ Cfr. J. M. ZAVALA, *Madre Esperanza. Los milagros desconocidos del alma gemela del padre Pío* (Freshbook, 2016).

⁷¹ Cfr. F. M. REQUENA MEANA, «Vida religiosa y espiritual..», o.c., 49.

⁷² J. M. CASTELLS, *Las asociaciones religiosas en la España contemporánea. Un estudio jurídico administrativo* (Taurus, Madrid, 1973) 247.

o bíblicos, clásicos de la Patrística, devocionarios... Hasta 1920 había vendido más de catorce millones de libros y folletos, y casi dos millones y medio los había distribuido gratuitamente⁷³.

Se multiplicaron también las revistas religiosas. Entre 1900 y 1920 se fundaron 67 nuevas, la mayor parte de carácter devocional. Una de las más importantes era *El Mensajero del Corazón de Jesús*, órgano del Apostolado de la Oración. De 1901 a 1939 lo dirigió el jesuita P. Vilariño⁷⁴, escritor prolífico, de pluma fácil y amena. Entre sus numerosas publicaciones se cuenta *El caballero cristiano*, uno de los devocionarios más vendidos en la época. En 1919, según los datos del propio Vilariño⁷⁵, el *Apostolado* superaba el millón de socios en España, con cuatro ediciones del *Mensajero*. Según los datos oficiales, llegó a ser la publicación religiosa más leída en España⁷⁶. Durante más de treinta años, los textos firmados por Vilariño llenaron buena parte de las hojas de la revista, por lo que puede intuirse el influjo que el jesuita ejerció en la vida católica española del primer tercio de siglo⁷⁷.

Se pensaba que la *mala prensa* era una de las principales causas del crecimiento del anticlericalismo y del alejamiento de las masas respecto a la religión. Por esta razón se esperaba también que la prensa católica «detuviera el proceso de secularización en las costumbres que azotaba las sociedades contemporáneas, que interviniera en el terreno de la política defendiendo los postulados de la Iglesia y, por si esto fuera poco, debía frenar la descristianización creciente del mundo del trabajo y promover la sindicación católica», algo así como una palanca de Arquímedes, capaz de mover al mundo entero⁷⁸. El principal de ellos era *El Debate*, un gran rotativo católico nacido en 1911 para difundir

la doctrina social de la Iglesia⁷⁹, dirigido por Ángel Herrera, que ya hemos mencionado.

⁷³ Cfr. L.G. IGLESIAS, «El Apostolado de la Prensa», en *XX Siglos* 25 (1995). Cfr. A. PAZOS, «La buena prensa» en *Hispania Sacra* 44 (1992) 139-160.

⁷⁴ Algunas noticias biográficas sobre el personaje en , J. M. IGARTUA, «Vilariño Ugarte, Remigio, S.I.», en Q. ALDEA VAQUERO, T. MARÍN MARTÍNEZ y J. VIVES GATELL (eds.), *Diccionario de historia eclesiástica de España* (Madrid, CSIC, Instituto Enrique Flórez, 1975), vol. IV, 2758-2759; M. REVUELTA GONZÁLEZ, «Remigio Vilariño (1865-1939)», en *XX siglos*, 12/47 (2001) 145-147.

⁷⁵ R. VILARIÑO, «La segunda asamblea de directores diocesanos», en *El Mensajero del Corazón de Jesús* (1919) 765-766.

⁷⁶ Ver esos datos en: MINISTERIO DE TRABAJO Y PREVISIÓN, *Estadística de la prensa periódica de España (referida al 31-1-1927)* (Madrid 1930).

⁷⁷ Jiménez Duque lo definía «un propagandista del bien como pocos lo han sido en nuestra Patria», B. JIMÉNEZ DUQUE, «Espiritualidad y apostolado», en V. CÁRCCEL ORTÍ (dir.), *Historia de la Iglesia en España* (Madrid, BAC, 1989), vol. V, 438.

⁷⁸ J.-V. PELAZ LÓPEZ, «Sindicalismo, propaganda y acción social católica», en J. AURELL y P. PÉREZ LÓPEZ (eds.), *Católicos entre dos guerras...*, o.c., 101.

⁷⁹ Cfr. M. MONTERO, «Los propagandistas católicos y la opinión pública», en *ibíd.* 61-72.

Desde las primeras décadas del siglo se buscó implantar en España alguna de las iniciativas de la incipiente Acción Católica Italiana. También se celebraron numerosos congresos católicos, en forma de Semanas Sociales, Semanas de la Buena Prensa y muchos otros, relacionados con la catequesis, las devociones o la espiritualidad, la liturgia, etc. En el caso del Congreso Litúrgico de Montserrat, de 1915, encontramos un foco de penetración del *movimiento litúrgico*, que acercaría la liturgia al pueblo.

El panorama del asociacionismo católico es amplio, en una época en que la movilización de masas fue tan importante. Desde formas minoritarias pero a la larga influyentes como la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, fundada en 1909 por el P. Ángel Ayala S.J. (1867-1960), que contaba entre sus filas a personalidades relevantes del laicado como Ángel Herrera Oria, hasta las focalizadas en la asistencia y la caridad como las Conferencias de San Vicente de Paúl, o las tradicionales cofradías, las órdenes terceras –que desde la reciente promulgación del código de 1917 se vieron reguladas con más detalle y uniformidad– y un buen número de asociaciones piadosas o formativas como las Congregaciones Marianas, las Hijas de María, las dedicadas a la gente joven como los Kostkas y Luises, etc.

Cabe mencionar de nuevo a la Institución Teresiana, fundada a comienzos del siglo por san Pedro Poveda, para recristianizar la sociedad atendiendo a la presencia de los valores evangélicos en puntos neurálgicos como la escuela. Ya hemos hablado del Apostolado de la Oración. Otras asociaciones piadosas características de aquellos años fueron la de la Doctrina Cristiana, la del Santo Rosario, la Adoración Nocturna, la Guardia de Honor, la Corte de María, la Academia Mariana, la Asociación Josefina y otras muchas⁸⁰.

8. CONCLUSIONES

La Iglesia en la España de 1919 se encontraba en una tesitura difícil. También el mundo occidental, recién salido de una guerra durísima, atravesaba tiempos de crisis, de falta de paz social y de revolución. De

ahí que la consagración al Sagrado Corazón fuera una sentida petición de ayuda a Dios por parte de todos los creyentes españoles y un acto de agradecimiento por haber librado a España de la guerra.

El avance de la descristianización era implacable, aunque las apariencias y las contradicciones de nuestra idiosincrasia religiosa mostraran a veces lo contrario. Ni el

⁸⁰ Cfr. F. M. REQUENA MEANA, «Vida religiosa y espiritual...», o.c., 57-62.

clero alto ni el bajo tenían los recursos culturales para frenar un proceso que tampoco supieron parar países de un catolicismo mucho más activo socialmente y mejor preparado que el español. Las divisiones entre los católicos españoles, su tendencia al tradicionalismo nostálgico en ocasiones y sus reticencias a poner en marcha iniciativas de justicia social, no ayudaban en ese sentido.

Si tal vez hubo pasividad y desconfianza hacia la doctrina social entre algunos sectores católicos, también es cierto que –a través de múltiples iniciativas que existían o que se fundaron en esos años– la comunidad eclesial salió al encuentro de los pobres, de los enfermos, de los últimos de aquella sociedad en la que existían graves injusticias.

Por otra parte, como había sucedido en Francia y en Italia, la ofensiva secularizadora había terminado por estimular una reacción católica que se demostró en varios campos, como la floración de fundaciones religiosas, la creciente movilización de los fieles laicos, y la multiplicación de manifestaciones de piedad, a veces multitudinarias. La extensión de la devoción al Sagrado Corazón, a la Eucaristía, a la Virgen, vivieron su máximo esplendor en momentos en que, exteriormente, se estaban desmantelando los signos de una pasada civilización cristiana.

Por último, la Iglesia en la España del primo tercio del siglo XX abundó en ejemplos de santidad. Esa *humanidad que tiende a santificarse*, callada y heroicamente, muchas veces, fue tal vez la aportación más notable de nuestro catolicismo, como lo ha sido, por lo demás, en otros momentos de nuestra historia.